



Fraternidades Marianistas de Madrid

Ciclo de Formación Común 2013 - 2014

Tema 2º

A) Guión de contenido: LA FE DEL CORAZÓN. *JUAN MARTÍN VELASCO*

- 1. Introducción. En qué consiste ser cristiano**
- 2. ¿Cómo comienza un creyente a serlo?**
Algunas formas distorsionadas de proponerse ese comienzo
El primer paso no lo damos nosotros mismos
Primeros pasos para ser creyentes
- 3. Disposiciones indispensables para el descubrimiento de Dios**
- 4. La fe cristiana**
- 5. La transformación de la existencia**

B) Guión de trabajo.



LA FE DEL CORAZÓN¹

JUAN MARTÍN VELASCO

1. Introducción. En qué consiste ser cristiano

Una Iglesia de bautizados no es necesariamente una Iglesia de creyentes. La distinción es importante, hoy mucho más, dado el proceso de secularización en que estamos inmersos.

Cuando se hereda el cristianismo, lo que se hereda normalmente son esos elementos externos, que sirven de apoyo a la pertenencia eclesial, incluso si no se ha llegado a hacer la opción personal de creer.

Hoy no se puede vivir la fe así. Es necesaria una decisión personal consciente y libre; es necesario, en definitiva, realizar personalmente la fe. Eso requiere haberse planteado esas preguntas últimas con las que todos nos enfrentamos de vez en cuando: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿qué me cabe esperar?... Y encontrar la respuesta a todo esto en la presencia de Dios (¿me he encontrado personalmente con Dios?) y haber aceptado esa presencia con la que me he encontrado como lo verdaderamente importante, como lo único necesario, como la perla preciosa o el tesoro escondido den el campo. A eso se refiere el Evangelio, cuando habla de ser seguidor de Jesucristo, de creer en él. Ser creyente cristiano es, pues, haberse encontrado con Jesucristo y haber reconocido en él la revelación plena de Dios, como, expresándolo personalmente, hicieron los discípulos: cuando Jesús resucitado les salió al encuentro, respondieron como no habían sido capaces de decir antes: «Es el Señor». O como lo hace Pablo, cuando el Crucificado le sale al encuentro: pasa de ser el perseguidor de los cristianos a ser apóstol de Jesús. A eso se refiere el evangelio de san Juan, cuando habla de lo fundamental: «En esto consiste la vida eterna: en que te conozcan a ti, único Dios verdadero y a aquel a quien enviaste». Ya sabemos que en el evangelio de Juan –y en la Biblia en general– «conocer» no significa saber teórico, sino que significa haberse encontrado personalmente con él.

¹ Conferencia pronunciada el 11 de abril de 2001.

Lo que se produce en ese encuentro es algo tan importante, tan nuevo en la vida de una persona, que Jesús lo llama en la conversación con Nicodemo «nacer de nuevo». Y nacer de nuevo sin paliativos, porque, cuando Nicodemo le pregunta: «¿Puede una persona mayor volver al seno de su madre?», Jesús le repite sencillamente: «Si no naces de nuevo del Espíritu, no conoces el reino de Dios» (cf. Jn. 3,4-5).

Por eso, porque existe una gran distancia entre los que nos decimos católicos y los verdaderamente creyentes, por eso el cristianismo atraviesa en la actualidad la grave crisis que atraviesa. Por eso también, los mejores maestros espirituales del siglo pasado, cuando preveían esta crisis o la veían ya presente, decían que el cristiano que quisiera serlo en adelante, sería místico, es decir, haría la experiencia personal de Dios, o no podría ser cristiano.

2. ¿Cómo comienza un creyente a serlo?

Me gustaría responder de una manera no apriórica o de la forma menos teóricamente posible. Por eso os propongo comenzar preguntándonos cómo comienza un creyente a serlo.

Algunas formas distorsionadas de proponerse ese comienzo

Primera originalidad de la respuesta a esta pregunta. No podemos comenzar por nosotros mismos. La respuesta no está en nosotros. No puedo decir: «Yo me lo he propuesto y, después de muchos esfuerzos, lo he conseguido y ahora voy a ser un creyente». A esta pregunta solo se responde desde algo que nos precede y a lo que nosotros, con nuestra respuesta, nos adherimos.

Ha habido durante mucho tiempo, durante prácticamente toda la época moderna, un planteamiento del problema de Dios como algo que el sujeto tenía que conocer, incluso demostrar, y que, una vez demostrado, podía después adherirse a él, creyendo. Es una manera enormemente distorsionada de presentar el problema. La mayor parte de esos filósofos, que daban incluso razones de la existencia de Dios, empezaban por decir quién era Dios o cómo era. Recuerdo todavía cómo en el Catecismo se comenzaba a hablar de quién es Dios: «Dios es un ser infinitamente bueno, justo, poderoso, principio y fin de todas las cosas». Y, ya sabiendo quién era Dios, tal como había sido definido, se buscaban razones para afirmar su existencia. Una idea de Dios que habíamos comenzado por forjarnos nosotros, con lo cual ya no era por Dios por quien preguntábamos, ya no era sobre Dios sobre quien hablábamos.

«Dios», religiosamente hablando, no es el nombre para una realidad significada por esa palabra. No es un sustantivo que define una realidad como el resto de los sustantivos en el lenguaje ordinario, del que nos podemos hacer una idea. «Dios» es la palabra que los humanos tenemos para invocar una presencia que nos precede, nos envuelve, nos atrae hasta el fin. Una palabra, mejor dicho, un nombre, casi cabría decir un nombre propio, que Dios mismo nos otorga para que con él podamos invocarle.

El primer paso no lo damos nosotros mismos

Por eso, para describir y realizar la relación del creyente con Dios, no podemos comenzar con la razón. Tenemos que caer en la cuenta de que estamos agraciados con la presencia de Dios; tenemos que caer en la cuenta de que vivimos en lo que Teilhard de Chardin llamaba «el medio divino», y aprender a nombrar esa presencia con la que estamos agraciados pero que no somos capaces de conocer en ella misma, y aprender a nombrarla con la palabra que Dios mismo nos da para ello.

Hay un texto de un poeta castellano que lo decía muy bien hace ya bastantes años: el nombre Dios es un nombre sumamente valioso y para hacer idea del valor de este nombre, Dámaso Alonso se expresaba así:

Tú, tú me has incendiado en colores mi alma;
mi alma en las galerías del doblado, sobre el mar de la siesta.
Mi alma, por los matices y los contrastes,
entre los estanques ardientes y los frigidísimos,
la escala de las delicias.
Tú me lo has dado, mi Dios, mi pozo, mi llama, mi amor, mi espanto, mi
oquedad.
Yo tiemblo, cardo estéril, endrino amargo.
¿Qué te he dado yo a ti desde la lumbrarada de mi alma en el acuario
de las luces?
Tú me has dado la forma, y la perspectiva, arquitecto, inventor de mis
estancias,
y el color y el olor, jardinero de mis pensiles.
Tú has incendiado mis jardines en tu gloria.
¿Qué te he dado yo a ti? Yo te llamo «Dios», y es lo único que supe
darte.
Debajo del manzano
Tú me has dado mi ser, y me lo has llenado con mi existir;
yo a ti, un nombre.
Porque yo te llamo «Dios»: nombre es lo único que supe darte.
Cuando yo te llamo «Dios», te devuelvo todas las sensaciones,
toda la miel y el oxígeno, todo el incienso y tus estanques,
y la circunvalación de mis glóbulos,
y mi ser y mi existir, y las tenebrosas galerías de mi origen
y mi desconocida causa.
Recíbeme en lo único que te puedo dar,
en ese nombre con que te nombro, «DIOS».
Yo digo «Dios», y quiero decir «te amo»,

quiero decir «Tú, tú que me ardes»,
quiero decir «Tú, tú que me vives, vivísimo, alertísimo»,
te digo «Dios», como si dijera «deshazme, súmeme»,
como si dijera «toma este hombre-Dámaso,
esta diminuta incógnita-Dámaso,
oh mi Dios, oh mi enorme, mi dulce Incógnita».

Sí, se trata de eso. Vivimos en el medio divino, nos encontramos surgiendo de la Presencia originante de Dios y no sabemos siquiera cómo reconocer esa Presencia. Solo la podemos reconocer dándole un nombre, haciéndonos de ella una imagen.

Primeros pasos para ser creyentes

¿Cómo hacemos los creyentes para transformar esa Presencia que nos precede –recuerden la frase de san Pablo: «En él vivimos, nos movemos y existimos», algo que es anterior a todo pensamiento nuestro sobre Dios–, cómo a partir de esa Presencia, con la que gracias a Dios estamos agraciados desde el primer momento de nuestro ser (y –si creemos a san Pablo– desde muchos antes, desde antes de la Creación Dios ha pensado en nosotros), cómo hacer para, desde esa Presencia, comenzar a ser creyentes?

El primer paso sería caer en la cuenta de esa Presencia de la que estamos dotados. Lo estamos todos, todos los seres humanos, mejor todo lo que existe, porque Dios es el fundamento de todo lo creado.

¿Por qué, entonces, tantos ignoran esa Presencia? ¿Por qué muchos, incluso, la rechazan? Creo que hay dos razones principales. Una primera que en bastantes personas pueden faltar las condiciones existenciales para llegar al fondo de nosotros mismos, donde nos encontramos con Dios. Recuerden a san Juan de la Cruz, que habla del encuentro con Dios «del alma en el más profundo centro». Por eso, si vivimos en la superficie de nosotros mismos, si no ejercitamos las disposiciones existenciales mínimas, porque llevamos una vida distraída, afanosa, llena de actividades que son, incluso, muy importantes pero en las que no hay un hueco para llegar al fondo de sí mismo, entonces esa Presencia puede pasarnos desapercibida. Por supuesto, que no todos los que dicen no reconocer llevan una vida superficial. Hay personas que llevan una profunda vida espiritual y no conocen esa Presencia. Esto puede suceder porque se trata, precisamente, de una presencia, porque Dios no es una realidad inerte que yace en el fondo de nosotros mismos y que basta entrar hasta el fondo de nosotros para descubrirla. Dios es la Presencia con cuya llamada, con su acto de Presencia nos está llamando a la existencia, nos está haciendo existir. Pero una cosa se descubre objetivamente, sin más: una Presencia solo puede ser reconocida. Requiere la libertad del sujeto, para hacerse presente como tal Presencia. Y hay personas que, por mil razones, rechazan esa

Presencia que les invita constantemente al reconocimiento y se constituyen en un ser agnóstico o en un ser no creyente. El creyente es el que a esa Presencia responde con la respuesta libre, personal como ninguna, de la aceptación de esa Presencia como origen de uno mismo y como meta de la propia vida. A esto remite el Símbolo de los Apóstoles, cuando comienza diciendo: «Creo en Dios Padre todopoderoso», creador de todo lo que existe, creador, por tanto, de cada uno de nosotros. Y termina diciendo: «Espero la vida eterna», es decir, la vida en Dios.

Por eso, el primer paso para caminar hacia el reconocimiento de Dios en el que consiste la fe, es hacer este camino hacia nuestra propia interioridad. Un camino que termina, si se lleva con suficiente atención, al llegar al fondo de nosotros mismos y descubrir que el fondo de nosotros mismos no descansa en sí mismo, sino que reposa en algo anterior a él, que nos es imposible sondear. Teilhard de Chardin lo dice en un texto precioso de *El medio divino* en el que dice que esa mañana se ha puesto a meditar, como se supone que hace un buen jesuita, ha ido entrando en sí mismo y, a medida que entraba más adentro, ha ido perdiendo pie, hasta que al final ha llegado a descubrir «la fuente de la que procede el arroyo de nuestra vida». De eso se trata: de llegar al fondo, pero no para detenerse narcisísticamente en él, sino para descubrir en él la voz que me está constantemente llamando a la existencia, o como dice el salmo: «Oigo en mi corazón: buscad mi rostro». Hay que llegar al corazón para poder dar el paso y en el corazón buscad el rostro de Dios. Ahí escuchamos una voz que nos llama al reconocimiento.

3. Disposiciones indispensables para el descubrimiento de Dios

Pero, dotados o agraciados con esa Presencia, ¿cómo damos el paso siguiente de reconocerla? ¿Con qué palabra adecuada la podemos reconocer, si resulta que es una Presencia que nos excede por completo? El camino ordinario de los sujetos religiosos es, cuando ha llegado al fondo de sí mismo, dado que vive el sujeto en una tradición religiosa (incluso, si se convierte en una tradición religiosa le pasa esto) entra en contacto con toda una tradición que le ha dado un nombre a esa Realidad de la que estamos dotados, una tradición que ha dado imágenes de ese Dios. Y el sujeto, para poder comenzar a ser creyente, necesita interpretar esa toma de contacto con la Presencia nombrando esa Presencia, creando imágenes de ella. Todos sabemos lo peligroso que es este paso hacia el ser creyente, porque, puesto a dar un nombre a Dios, a veces caemos en la tentación de darle un nombre fabricado por nosotros, con una definición que nos parece perfectísima, pero que tiene el inconveniente de convertir a Dios en una parte de la totalidad que nosotros definimos. Puestos a buscar una imagen para Dios, sucede

con frecuencia que los humanos pensamos e imaginamos a Dios a imagen de nosotros mismos y, a veces, no desde lo mejor de nosotros mismos: nos seduce el poder, nos gustan las riquezas, nos interesa, sobre todo, el dominio... y decimos «Dios el omnipotente», «Dios el sapientísimo» y así estamos proyectando fuera de nosotros, sobre Dios, la imagen que nosotros tenemos de eso mejor de nosotros mismos.

Las tradiciones religiosas pueden sanar estos peligrosos intentos de nombrar e imaginar a Dios de mala manera. A veces, desgraciadamente, las propias tradiciones ofrecen un elenco de imágenes desvirtuadas o, incluso, distorsionadas de Dios (pensemos en algunas imágenes de las que se nos han transmitido a algunos de nosotros y que se siguen transmitiendo, cuando se habla de un Dios castigador que está por encima de nosotros, que está esperando a que caigamos para..., o cosas por el estilo). Pero lo normal es que, en lo que es lo esencial, en las tradiciones haya elementos muy valiosos para ayudarnos a pensar y poder invocar al Dios que llevamos dentro.

En la tradición cristiana está claro que la Biblia nos ofrece toda una serie de recursos para pensar a Dios. A mí me parece que uno de los más importantes es esa conciencia monoteísta –«Solo Dios es Dios», «Israel, escucha: tu Dios es uno solo»–, con todo lo que eso lleva de hacer caer en la cuenta de que esa Realidad que nos está constantemente haciendo ser es una realidad no comparable con ninguna otra realidad. Es una forma de tomar conciencia de la absoluta transcendencia divina.

La tradición bíblica nos dice de Dios que es el creador. Y decir que es el creador no es decir que es el que nos hizo al principio de nuestra vida. Decir que es el creador es decir que es la fuente de la que está constantemente brotando el ciclo de nuestra vida, es el que permanentemente nos hace salir de sus manos, llamándonos hacia sí.

Algún teólogo importante reciente ha dicho que Dios para los cristianos no es el Absoluto, es decir, el desligado de todo, sino que es al contrario, es un Dios relacional, Dios en la Biblia siempre es «Dios de», Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios del pueblo, el Dios de cada uno de nosotros. El Dios de la Biblia es un «Dios de», un «Dios para», un ser volcado todo él hacia nosotros mismos para hacernos a nosotros mismos ser.

Y en Jesucristo la tradición bíblica llega a su culmen y Dios aparece en un rostro humano, en el que se refleja el rostro invisible de Dios. En Jesucristo tenemos la maravilla de las maravillas para nombrar a Dios. Jesucristo es quien existe para los demás, aquel que en su amor sin límites para con nosotros manifiesta que Dios es amor sin límites.

Hay una página de un autor que conoce muy bien los tiempos del nacimiento del cristianismo, que me gusta citar porque nos saca de la costumbre y de la rutina cuando hablamos de Dios. Es un sabio dominico, Festugière, que escribía en un pequeño libro delicioso:

En el primer siglo de nuestra era se produjo este fenómeno extraordinario: el hombre escucha por primera vez que Dios le ama. Es la revolución más importante de la humanidad, porque, aun admitiendo que hay fuerzas superiores al hombre, de las que dependen el orden del mundo y nuestras vidas miserables, a un pagano no se le hubiera pasado por la cabeza la idea de que él pudiera ser amado personalmente por la divinidad. Todo cambia si Juan, el cargador del puerto de Corinto, o la prostituta, o el esclavo o la esclava a quien hace azotar su dueño, se figuran que son amados personalmente por un Dios que les prepara tras la muerte una vida perfecta. Todo cambia, el sentido de la vida, la aceptación del sufrimiento, de la enfermedad, de la muerte, la resignación ante la crueldad de los humanos y hasta lo más difícil de todo, la aceptación de resignarse a vivir.

Eso fue lo que llamó la atención de la predicación de los apóstoles en el mundo pagano, el que en el amor de Jesús, que es capaz de entregar su vida para salvarnos, se nos revela este amor infinito de Dios, personal hasta el extremo a cada uno de nosotros, con todo lo que ese amor es capaz de hacer entre nosotros. Esta es la novedad más grande en el marco inmenso de la historia de las religiones. Ser creyente es la respuesta a este ofrecimiento de sí mismo que nos hace el Dios manifestado como amor en Jesucristo.

4. La fe cristiana

¿En qué consiste esta respuesta a la que llamamos la fe, la esperanza, el amor? Es una relación a la que se refiere la actitud teológica enteramente nueva porque es enteramente nueva la realidad a la que refiere esta relación. Los hombres nos definimos, decía Kierkegaard, por aquellas realidades con las que somos capaces de entrar en contacto. Pues, bien, cuando se nos hace presente Dios, nos descubrimos como capaces de infinito, relacionados con el infinito, pero, para entrar en relación con un ser tan extraordinariamente original, necesitamos una relación totalmente original. .

Por eso, la fe es una relación que supere todas las otras relaciones que podemos entablar con la realidad mundana. En relación con esta, nosotros somos el centro, somos el sujeto: quien conoce, explota, domina... Es el sujeto, en todos los casos, de una relación de las que las distintas cosas son objeto. Naturalmente que si Dios es Dios, la relación con él no puede ser de este estilo.

Por eso, lo primero que tenemos que hacer, para que haya una relación de creyente, es dejar de ser el centro de la relación y aceptar que en esta relación originalísima el centro es Dios mismo y no el hombre. La conciencia humana, que siempre es una conciencia intencional, dirigida hacia la realidad exterior, de la que se hace cargo, en el caso de Dios no es una conciencia intencional, es una conciencia convocada. En relación con Dios no soy yo el que entra en relación con Dios, haciéndome cargo de él, sino el que se pone en las manos de ese Dios, que me llama a sí mismo como a mi propia meta.

La fe, por tanto, tiene algo de descentramiento de sí mismo, de transcendimiento de sí mismo. No somos capaces de hacer a Dios objeto de ningún acto nuestro: no lo vemos, no lo tocamos, no lo podemos imaginar y, si somos serios, tendremos que decir que ni siquiera lo podemos pensar. San Agustín decía: «¿Lo has comprendido? Pues entonces no es Dios». ¿Te has hecho cargo de Dios? Eso de «te has hecho cargo» es una imagen tuya pero no es Dios mismo.

Hay, pues, que ir hasta el extremo de lo que nosotros podemos e ir más allá de todo lo que podemos para, en ese transcendimiento, poder entrar en la relación con Dios, como hizo Abrahán, que sale de su tierra, va donde Dios le va mostrando sin saber dónde exactamente, le guía una promesa imposible de cumplir y, cuando ya tiene a Isaac y cree que puede ser creyente apoyándose en esa razón que Dios le ha dado para creer, Dios le pide que lo sacrifique. Solo en ese momento Abrahán cree en Dios por Dios solo y no se apoya en nada de lo que él mismo disponga.

Ser creyente lleva, por eso, el mayor riesgo para el ser humano. Por eso nos cuesta tanto trabajo creer, porque ser hombre y ser mujer es en definitiva hacerse un mundo en el que uno mismo es el centro y se nos pide caer en la cuenta de que existimos desde otro y que, por tanto, lo primero que tenemos que hacer es reconocer ese origen del cual procedemos y del que estamos constantemente procediendo.

Pero hablar de la fe como transcendimiento y descentramiento podría llevarnos a la idea de que en la fe nos negamos a nosotros mismos, casi nos aniquilamos como sujetos, como si, como no podemos hacer a Dios objeto de nuestros actos, tuviésemos nosotros que convertirnos en objeto de Dios. Y no hay nada de eso, porque, una vez que damos el paso de transcendernos, caemos en los brazos de Dios, es decir, nos encontramos personalmente con él. Y lo que hacemos entonces es realizarnos de la forma más plena, es decir, realizarnos al contacto con Dios a la medida de Dios.

De esto en el cristianismo hay mil expresiones distintas, pero sin duda la más eficaz, la más perfecta es aquella que nos revela a Dios, nos

muestra a Dios como amor y que hace que nuestra respuesta a él sea acoger el amor de Dios y confiarnos plenamente a él.

5. La transformación de la existencia

Un encuentro como este produce unos cambios en el sujeto que lo realiza. Y los cambios son de una enorme transcendencia.

Lo primero que cambia en el creyente es él mismo o la exigencia misma de ser creyente. El hombre, dejado a su propio arbitrio y dueño de sí mismo, cree existir desde sí mismo, falsamente se interpreta a sí mismo de esta manera. Ser creyente es saberse existiendo desde más allá de sí mismo y aceptando esa existencia desde más allá de sí mismo. Por tanto, inaugurando una nueva forma de existencia. La parábola del hijo pródigo lo dice mucho mejor. El drama del hijo pródigo es decir: «¡Dame lo que me corresponde!». Rompe la relación con Dios y quiere vivir independientemente de él. Ser creyente lleva a escuchar la palabra dirigida al hijo mayor y dirigida a cada uno de nosotros: «Hijo mío, todo lo mío es tuyo». Por eso no hay pérdida de sí, sino que, cuando nos entregamos a Dios, comenzamos a ser de una forma enteramente nueva.

La transformación de la existencia que produce la fe, aparece en mil detalles, de los que se hace eco constantemente la Escritura. Algunos rasgos.

Recuerden el relato de la Anunciación. La respuesta de María es la respuesta de la creyente: «Tendrás un hijo, al que vas a llamar Jesús». «¿Cómo puede ser esto?». Y el ángel la remite a Isabel y añade: «Porque para Dios nada es imposible». Lo que hace ser creyente es justamente introducir al ser humano en el horizonte, para él inalcanzable, de lo imposible. En el nuevo Testamento, después de haber escuchado esto de labios del ángel, se dirá también en otras ocasiones: «Para Dios nada hay imposible». Pero luego se añade: «Porque todo es posible para el creyente». Efectivamente, cuando el creyente acepta a Dios todo el mundo divino se convierte en el mundo del hombre.

[Hasta aquí la transcripción de lo que conservamos de la conferencia. Se completa literalmente con lo que Juan Martín Velasco proporcionó en el esquema de su conferencia].

Ser creyente transforma las disposiciones fundamentales, los «hábitos del corazón», que inspiran y orientan el desarrollo de la vida. Breve referencia a algunos de ellos: «la aceptación de sí mismo», la confianza radical en el valor y el sentido de la propia vida, la conciencia de no

estar irremediablemente solos, la superación de toda tentación de nihilismo. El gozo de creer.

Ser creyente transforma la manera de vivir de la persona. De una moral de mínimos a una moral de máximos

Medios más importantes para el cultivo y la realización efectiva de la fe: la oración, puesta en acto y en ejercicio de la fe. «La fe que se realiza por medio del amor»: hacia una mística de ojos abiertos al sufrimiento y a la pobreza y de compasión hacia sus víctimas. La fe ejercitada y experimentada en el discurrir de la vida toda.

Guión de trabajo



LA FE DEL CORAZÓN

JUAN MARTÍN VELASCO

Tras la lectura completa del texto, te proponemos las siguientes sugerencias para la reflexión personal y diálogo con tu fraternidad:

1. Cómo crees que contestaría la mayoría de los cristianos a la pregunta: ¿qué es ser cristiano?
2. ¿Cómo contestarías tú?
3. ¿Cómo crees que es el proceso del encuentro con el Señor, en la mayoría de los cristianos?
 - Unas creencias heredadas en la tradición familiar y social
 - Unas prácticas religiosas ,
 - Lectura de libros de formación espiritual
 - Un valor, un ideal, una persona, una misión...
 - Otras vías....
4. La creencia en Dios,
 - ¿es una aceptación de su existencia?
 - ¿es reconocer su presencia, sin entenderla?
 - ¿Reconocemos su presencia como la fuerza creadora de nuestra vida y como fin de la misma? En qué basas tu respuesta...
5. ¿Crees que todo hombre puede reconocer esa presencia de Dios?
6. En tu opinión y experiencia: ¿Qué condiciones o circunstancias se requieren?
7. ¿Cómo creamos la imagen o imágenes de Dios en nosotros?
8. ¿Cuáles son tus imágenes de Dios? ¿Y en tu entorno más cercano?
9. ¿Es la imagen de Jesús la guía de tus imágenes de Dios?
10. ¿Crear es acoger el amor de Dios? ¿ Y confiarnos plenamente a Él?
11. Esta forma de creer, ¿te parece un riesgo, un salto al vacío...?
12. Este enfoque: ¿transforma mi vida? ¿no? ¿en qué lo noto?